

LAS EMPAREDADAS

JOSÉ CARLÓN

El *SAN JERÓNIMO* pintado por Tiziano y el pintado por Bellini representan un momento importante en la vida ascética: la penitencia. La pintura de Tiziano, aparte de sus valores artísticos, presenta una mayor simbología sobre la disciplina eremítica, el reloj de arena y la calavera; pero ambas pinturas guardan una cierta armonía tanto en la posición del anacoreta, puesto de espaldas al espectador, mirando la boca de su cueva, y en el castigo corporal que se está aplicando.

Sin embargo, a Flaubert le impresionó otra pintura, le impresionó la pintura de Brueghel donde aparece la tentación de San Antonio. Una imagen que representa la dialéctica entre la vida imaginaria y la vida real, que enfrenta el universo de los mitos y de la cultura del hombre con el propio hombre desnudo y asombrado de sí mismo. Esta imagen poderosa de la dialéctica entre la vida que se vive, la vida real, y esa otra vida que permanece en las dimensiones telúricas, lo llevará a la escritura de un libro que se convertirá en el trabajo de toda su vida.

La vida ascética es la parte más oriental del pensamiento cristiano. Ese anacoreta que repudia la suerte del mundo y se lanza a poblar las cuevas del mundo es el mismo al que se refiere el Bhagavat-Geeta, donde se compara a estos hombres intelectuales con lámparas encendidas que ningún viento puede apagar. El anacoreta se lanzó a poblar las cuevas del mundo, se encaminó a los desiertos por donde transcurrió la azarosa vida del pueblo judío, se metió en los barrancos y en las geografías inaccesibles, buscando todos ellos un método de perfección, una manera de vivir la vida interior, de aproximarse a su ideal.

Flaubert, otro habitante de las cuevas, escribe *La tentación de San Antonio* en su cubículo de Crispet, no sabiendo muy bien lo que está realizando con tanto esfuerzo, al fin y al cabo: "Una extravagancia total, pero me divierte". El libro que fascinara a Turgueniev resulta a la vuelta del tiempo, que es la novela o el poema en prosa que diferencia al escritor, definitivamente, de cualquier otro de su tiempo. Flaubert, sin quererlo, en su *San Antonio* se pregunta por la vida imaginaria y por la vida real; y, queriéndolo, se hace la gran pregunta sobre el origen y finalidad de la literatura. Las tentaciones de San Antonio son las tentaciones del escritor. ¿A qué clase de mundo atender? ¿A qué realidad servir?

Despiertan en nosotros una nostalgia del lejano origen este obrar de separación, este acto de abandonarlo todo, de trocar por la soledad auténtica, por la voz interior todo lo que significa la vida. El anacoreta realiza la única aventura humana, que después de lo que

es propiamente aventura, el evadirse desde fuera, merece la pena ser llevada a efecto: la aventura de evadirse desde dentro. Hubo un tiempo en que hombres y mujeres se refugiaban en recoletas prisiones de piedra metidos en la garganta de los ríos, como en el cañón del Duratón, en valles felices y perdidos sólo útiles para la ensoñación: los parajes aforísticos del Valle del Silencio. Se encerraron en lugares inaccesibles de uno en uno o en un colectivo y solitario grupo como esos monjes de barba y religión antigua que pueblan los lugares del monte Athos.

Hay grados en la soledad, y el grado superior del silencio es sepultarse en vida. Hubo

voluntarios cadáveres. Emparedadas había en las grandes catedrales góticas y en los lugares de devoción medieval. Pero sólo una de estas cárceles ascéticas se conserva en la actualidad: la que existe en Astorga, en pleno camino de los peregrinos hacia Compostela. Yo tuve la suerte de que me abriera la puerta de esta celda de emparedada Don Luis Alonso Luengo, porque para ciertas cosas es necesario ir bien acompañado.

En Astorga, esa especie de ciudad transitiva de la historia que guarda entre sus murallas la magia de los lugares iniciáticos, penetré en aquel lugar donde las mujeres en la flor de la edad se encerraban en vida para

dedicarse al rezo y a la oración. La habitación es angosta y la única comunicación es una pequeña oquedad guarnecida por barrotes que daba a la calle. Los barrotes centrales están dispuestos de tal forma que los dos centrales, abombados en su centro, permiten el paso de un brazo, de una escudilla, lo mínimo para poder pasar al interior de aquella tumba un poco de alimento o una limosna que depositaba el peregrino medieval que horrorizado leía esta inscripción situada en la poterna de piedra de la ventana hermética, la frase pertenece al *Eclesiástico* y su significación ambigua, dice, y tomo la traducción de Casiodoro de Reina: "Acuérdate de su juicio, porque tal ha de ser el tuyo: ayer a mí, hoy a ti".



Ventana de la "celda de las emparedadas" de Astorga

mujeres que no sólo siguieron los designios de la vida ascética sino que se encerraron voluntariamente en un letargo trascendente, que sellaron los muros de su cautiverio de una vez y para siempre. Estas mujeres son las emparedadas. Dentro de las obras hagiográficas de Gonzalo de Berceo aparece una de estas emparedadas, se trata de Santa Oria, aquella mujer que en palabras del poeta "esta era manceba de Dios enamorada, más quería ser ciega que otra casada".

Las emparedadas no eran víctimas de la estética romántica ni de la novela gótica a la manera de Maturin. No eran las víctimas del mundo feudal ni de espantosas escenas de la crueldad humana, eran mujeres que un día entraban en la soledad de cuatro paredes, entraban en un lugar donde se tapiaba la puerta de entrada y allí entre sus rezos y la ensoñación de los días hacían tránsito por la vida,

transeúnte, el peregrino de la vida queda perplejo y reflexiona sobre el destino de la vida y piensa, de paso, sobre el destino del propio mundo y sobre sus peculiaridades. Estas mujeres que ofrendaron su vida en el gran altar del silencio dejan en nuestros corazones una impresión duradera. Entonces se piensa y el peregrino vuelve a acordarse del libro de Flaubert, y recapacita y piensa que hay muchas clases de mundo, muchas clases de vida en la vida y que debe existir una gran relatividad a la hora de estar seguros de que algo sea nada. Y piensa, junto a la alta ventana de piedra, si la mejor lección que pueda dar la filosofía no sea este mudo testimonio de una mujer encerrada en una pequeña tumba de piedra a la vera de un camino de peregrinos.

*José Carlón es escritor.